ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Miguel Ángel Lombardía (Sama de Langreo, 1946), *Floreado*, 2003

Número 2 Oviedo 2017

ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

NÚMERO 2 AÑO LXXXVII OVIEDO • 2017

La revista no asume ni se responsabiliza de las opiniones manifestadas por sus colaboradores.

COORDINACIÓN EDITORIAL

Javier González Santos y Alberto Carlos Polledo Arias

EDITA:

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Plaza de la Constitución. Oficina de Turismo, 2.ª planta
33009 Oviedo. Teléfono 984 281 135. Fax 984 281 136
labalesquida@telecable.es. www.martesdecampo.com

HORARIO DE OFICINA

Lunes a viernes de 10,00 a 13,00 horas

ILUSTRACIONES DE LA CUBIERTA Y PORTADA

Miguel Ángel Lombardía (Sama de Langreo, 1946), *Floreado*, 2003; óleo y técnica mixta sobre cartón, 370 × 258 mm (cubierta y portada), y Aurelio Suárez (Gijón, 1910-2003), *Mundo onírico*, 1983; gouache, tinta y lápiz (boceto núm. 3507); composición serigrafiada en 2009 (impresión, 335 × 474 mm; papel, 490 × 690 mm), muestra 28 de 60 (contracubierta y colofón).

COMPOSICIÓN Y MAQUETACIÓN

Krk Ediciones. C/ Álvarez Lorenzana, 27, 33007 Oviedo
www.krkediciones.com

IMPRESIÓN

Grafinsa. Oviedo

ISSN 2445-2300 • D. L. AS-970-2016

Índice

Salutación
José Antonio Alonso Menéndez 5

Pregón de las fiestas de 2016
Oviedo y los libros: una íntima relación a lo largo de doce siglos
Ramón Rodríguez Álvarez 9

La Balesquida: historia y tradiciones
La herencia de Diego de Menes, párroco de San Tirso, y los pleitos a los que la cofradía de La Balesquida tuvo que recurrir en los años 1597 y 1598 para poder disfrutarla
María Josefa Sanz Fuentes 27
Índices de los álbumes de fiestas de La Balesquida (1912-2015)
Javier González Santos 35
Índice cronológico de publicaciones y álbumes de fiestas 39
Índice de autores, ilustradores, artistas, fotógrafos, asuntos y dedicatarios 85

Estudios sobre Asturias
El arquitecto Juan de Celis y el palacio del marqués de Camposagrado en Mieres. Un capítulo esclarecido de la arquitectura barroca regional
Celso García de Tuñón Aza 103
Oficios de antaño: aguadores, serenos y arrieros de Cangas del Narcea
María del Carmen López Villaverde 127
¿Un retorno a la pintura? Las primeras bienales de arte Ciudad de Oviedo
Celsa Díaz Alonso 147

Estudios ovetenses

Santa María de Naranco: de pabellón profano a palacio sagrado. Hipótesis de interpretación en función del análisis simbólico y arquitectónico
Francisco José Borge Cordovilla 159
El Oviedo que el rey Carlos I no visitó en 1517
Javier Rodríguez Muñoz. 183
Acerca del encañado de la Granda de Anillo
Manuel Gutiérrez Claverol 223
El escritor Rafael Zamora, marqués de Valero de Urría, en Oviedo y entre metáforas
Antonio Masip Hidalgo 259
El Conde de la Vega de Sella, D. Juan Uría y Cayetanín *midiendo huesos*
Emilio Marcos Vallaure 277
Parroquias del concejo de Oviedo: Pintoria
Antonio Cuervas-Mons García-Braga 293

Semblanzas

Una excursión con Juan Ignacio Ruiz de la Peña (1941-2016). Tras las huellas de la historia, en un día cualquiera de 2012
Miguel Ángel de Blas Cortina 313

Nuestra galería

Lombardía y Aurelio Suárez, generosas aportaciones
Luis Feás Costilla 331

Semblanzas

Una excursión con Juan Ignacio Ruiz de la Peña (1941-2016). Tras las huellas de la historia, en un día cualquiera de 2012*

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA
Universidad de Oviedo

«¡Mira, ahí está, tal como te decía, a la misma hora y en el mismo lugar!» Era ya el atardecer definitivo y, en efecto, ante las luces de nuestro coche volaba un corzo con un salto limpio y el destello del escudo blanco de su grupa. Hacía años que Nacho Ruiz de la Peña me hablaba con entusiasmo de los corzos residentes en la cuesta de Andrín, con los que yo hasta entonces no me había tropezado. Volvíamos al pueblo llanisco tras una de tantas pequeñas excursiones que constituían un nutriente esencial de su profundo vínculo con Asturias. Habíamos cumplido en esta ocasión la travesía angosta y enrevesada por la somera cinta de asfalto que desde Nueva de Llanes lleva a Corao, fin de trayecto notable en la historia regional, desde los vestigios paleolíticos, el neolítico dolmen de Abamia y los indicios de la Edad del Cobre de la cueva del Cuélebre, a la necrópolis vadiniense de los primeros siglos de la Era y a la figura de Pelayo, la cercana Covadonga y la leyenda del caudillo enterrado con su esposa en la iglesia de Santa Eulalia de Velando (por Abamia, tal como consta en la *Crónica de Alfonso III*).

No mucho antes habíamos disfrutado de otra de esas excursiones por enclaves históricos, refrescando recuerdos de lecturas, de cosas sabidas y a

* Constituye esta nota un homenaje al ilustre medievalista, asturianista entregado, desaparecido en mayo de 2016. Juan Ignacio Ruiz de la Peña, *Nacho*, como gustaba que lo llamaran, fue colaborador de la revista de *La Balesquida* en diez ocasiones entre 1965 y 1983, siguiendo la estela de su maestro Juan Uría y Ríu.

veces medio recordadas, de personas y de viejas exploraciones. Lamentablemente, ya no podían ser caminatas a pie puesto que los problemas respiratorios que aquejaban a Nacho le impedían lo que siempre había practicado: la marcha montañera, la caminata inquisitiva, fijando lugares y recordando, con una capacidad asombrosa, topónimos y detalles del terreno. Por fortuna, el coche y una nueva/vieja red caminera de *caleyes* rejuvenecidas con asfalto permitían el acceso rodado a muchos lugares recónditos, alcanzando collados y enclaves altos desde los que descifrar la intrincada estructura de nuestro paisaje.

Por otra parte, el entusiasmo excursionista se mantenía intacto, presentando Nacho en tales casos la estampa de los grandes días: el chaquetón trescuartos de piel y solapa cruzada y la boina negra de alero suficiente, otorgándole el conjunto un cierto aire de *maquisard*, sereno tras la toma de una *kommandantur*, y el bastón de madera dura tallado barrocamente, casi un atributo patriarcal caucásico, que le habían traído de un viaje a Armenia.

Decidimos dejar atrás Oviedo, obviadas la comodidad y la monotonía de la autovía, por la carretera nacional de Galicia y con las *Diez melodías vascas* de Guridi, fondo sonoro muy apreciado por Ignacio, recordamos al pasar por Sograndio el valor de las partes decoradas románicas de su iglesia parroquial, y lo infrecuente de un Calvario con Cristo en la cruz, con María y san Juan como motivo en uno de los capiteles del arco triunfal, cuando en el arranque opuesto del mismo arco lo que figura en otro capitel es el tema clásico de la dama que despide al caballero; una confrontación entre el dolor y el mensaje evangélico y la terrenalidad de la vida cortés.

También vinimos a considerar la importancia de nuestra carretera a Trubia y su Fábrica de Armas donde se había creado en 1933 un cañón de 40 milímetros para uso contracarro que, paradójicamente, tendría su bautismo de fuego en combate disparando, en manos revolucionarias, contra las posiciones gubernamentales donde se encontraba en 1934 su inventor, el comandante Ramírez de Arellano.

Como no podía ser de otro modo, carretera abajo, en Godos, hubo un instante para especular sobre las resonancias históricas de una denominación tan clara como escasa, ecos de un opaco primer medioevo y de los devaneos de gentes y culturas entre los extremos norte y meridional de nuestro continente. ¿Hubo allí, realmente, un núcleo diferenciado de godos? Desde

luego, el topónimo no puede ser más alusivo a un grupo social específico, acaso un vestigio de la prohibición visigoda, en su primera época, de los matrimonios mixtos entre los arrianos, dominantes, y los hispanorromanos, dominados y católicos

En el cruce del Nalón se hacía inevitable una ojeada a la villa de Trubia, envuelta en su melancólico declive del que, junto al puente, dan buen testimonio las casonas de amplias galerías y riguroso equilibrio formal, ejemplos de la bondad de la arquitectura burguesa; casas admirables, ahora en plena desintegración, rotos techos y ventanas, trepando la yedra por las paredes cercadas por matorrales.

Pero el primer objetivo programado estaba más allá en el espacio y en el tiempo: la iglesia de Valduno, de nuevo cruzando el río Nalón para alcanzar su orilla derecha en el concejo de Las Regueras. Unos años antes, las excavaciones arqueológicas en el entorno de la iglesia parroquial habían penetrado en la homogeneidad de los siglos pasados dejando al descubierto la nitidez de una edificación termal romana. Por entonces a orillas del Nalón, con el agua en abundancia, los residentes latinizados disfrutaban de aquélla caliente, que según Casiodoro (*c.* 490-583 de C.), primero cónsul con Teodorico y después monje, todavía en el decadente siglo VI, procuraba «curación sin tormento, remedios sin horror, salud sin castigo, baños aplicados contra diversos dolores del cuerpo» (*Variæ Epistulæ*, II, 39); abluciones, resumía, de las que «no sólo se obtiene un placer delicioso, sino que se recibe una suave medicina». Pero poco habría de dudar la atención al cuerpo, puesto que ya para Isidoro de Sevilla (*c.* 560-636) tenía como destino la corrupción; la *paideia* cristiana, por oposición a las inclinaciones paganas, perseguiría la seguridad de la salud espiritual. Abandonado así progresivamente la atención a la materia corporal, la preocupación por la higiene decaería siglo tras siglo hasta no reaparecer más que en tiempos muy recientes.

La contemplación de los restos exhumados en Valduno, la segura materialización de una presencia de época romana, nos trajo a la memoria las exploraciones de José Manuel González y de su olfato de arqueólogo circunstancial (aunque lo que le movían inicialmente eran sus pesquisas de filólogo volcado en la toponimia) cuando se empeñó en darle la vuelta a una gran piedra escuadrada que yacía sobre un muro colindante con el edificio parroquial. El resultado, por sabido no es menos extraordinario:

Presentación de la revista *Ástura*, número 2 (1984). Lagar Casa Julio (La Argañosa, Oviedo). De izquierda a derecha, arriba: José Antonio Fernández-Castañón Carrasco, Xosé Lluis García Arias, Juan Ignacio Ruiz de la Peña, Alberto Marcos Vallaure, Francisco Quirós Linares, Miguel Ángel de Blas Cortina y Álvaro Ruiz de la Peña; abajo: Carlos Lastra López, Francisco Javier Álvarez Pulgar y Emilio Marcos Vallaure. Fotografía de Alonso (octubre de 1984).

en aquel día de agosto de 1947 era reconocida, pasando a ser testimonio histórico, la estela sepulcral de un sin duda ilustre personaje llamado Sestio Munigalico. La gran lápida, decorada con sogueado y el bajorrelieve de un vaso anforiforme, había sido erigida por un amigo del finado del que también consta su nombre: Quadratus. Es probable que aquel difunto, quizá del siglo primero, tuviera algo que ver con la fundación romana que hoy conocemos, a la larga germen de un espacio cristiano eclesial y funerario, en una fórmula de sustitución repetida en otros lugares como Veranes o la

gran *domus* romana del castro de Chao Samartín, en Grandas Salime, sitios en los que la residencia señorial romana terminó también soterrada por una necrópolis altomedieval de longeva continuidad.

Un joven Ruiz de la Peña, estudiante de Derecho en la Universidad ovetense, había conocido a José Manuel González hacia 1960 cuando con su amigo y compañero de curso, Emilio Marcos Vallaure, se adhirieron como savia nueva a la tertulia académica que se reunía en Casa Noriega, el restaurante de aire decimonónico instalado en la planta baja del palacio de Valdecarzana-Heredia abierta a la plaza de la Catedral. Eran habituales de aquellas charlas relajadas, discurriendo entre la erudición y la actualidad, don Juan Uría Ríu, Joaquín Manzanares, José María Fernández, *Pajares*, Francisco Diego Santos, entre otros. Sería en aquel ambiente integrador de diferentes generaciones donde se fue forjando en Nacho la vocación de historiador y, al cabo, su definitivo empeño vital.

De nuevo en la carretera, la aproximación del sobrio palacio de Bolgues, reedificado en 1540 y ampliado en 1558 por Gaspar de Avilés y Catalina de Hevia, nos hizo evocar al hijo de aquel matrimonio, probablemente nacido un día de 1516, Tirso de Avilés, canónigo de la catedral ovetense e historiador temprano, muerto en 1599, año en que la peste se cebó en la ciudad de Oviedo. Dejaba Tirso pruebas de su interés por el pasado, algunas perdidas, pero no, por fortuna, su *Armas y linajes del Principado de Asturias* como ensayo histórico primordial.

Retornando al Nalón para seguir hacia Grado, ojeamos en la distancia, en el valle de Soto de las Regueras, el enclave disimulado por la maleza de la cueva de La Paloma, excavada en 1914-1915 por Hernández Pacheco con visita incluida de Santiago Ramón y Cajal, el Premio Nobel de Medicina, empeñado en el progreso de la investigación científica en España. La Paloma fue hace 15.000 años, por señalar un momento de su ocupación, un importante hábitat de los cazadores recolectores de los episodios terminales de la última glaciación, considerado durante un tiempo como el más importante yacimiento de las culturas magdalenienses de la Península. Transitábamos además por una zona donde no escaseaban los vestigios prehistóricos puesto que, como pude recordarle a Ignacio, en el cordal inmediato, en el alto conocido como Piedrafita, se conservaban los vestigios de una enigmática serie de túmulos en los que las masas cenicientas de grandes

Juan Ignacio Ruiz de la Peña, en el despacho del Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo (1984). Gijón, Muséu del Pueblu d'Asturies: Archivo de *La Voz de Asturias*.

fuegos y los anillos de piedras alineadas, soterrados, sin valor arquitectónico y probablemente de intención simbólica, habían sido excavados bajo mi dirección en el ya lejano 1980.

Sin rematar recuerdos y explicaciones ya estábamos entrando en el puente de Peñaflor, de hechura ágil, con sus dos vertientes aupadas en cinco arcos de luz decreciente desde el centro a los extremos para salvar un río que siempre fue (ahora desangrado en su camino por los abusos humanos), tan caudaloso como veloz y erosivo. Documentado ya en el siglo XII y rehecho varias veces, permitió la travesía plurisecular del Nalón a campesinos y ga-

naderos, peregrinos a Santiago, buhoneros y militares, nobles y mendigos e incluso, esta vez literariamente, a un jovencísimo Gil Blas de Santillana que sufriría aquí sus primeros descalabros de aventurero: asaltado por un soldado mendigo y de escopeta enhiesta como estímulo de la caridad, y después, en la posada, burlado por un bien afinado trío de mulero, posadero y pícaro de oratoria convincente. Pero Lesage (1668-1747), el bretón autor de la que fue considerada como primera novela realista de la literatura francesa, nunca estuvo en Peñaflor. De haber sido así es poco probable la inadvertencia en su obra del ímpetu paisajístico del paraje.

Desde luego, nada tuvo que ver en las peripecias del imaginario pícaro ovetense (cuyas mañas y habilidades llegó a recomendar Jonathan Swift en sus *Instrucciones a los criados* de 1731), la naturaleza enriscada y fronteriza del paso de Las Reguera al amplio valle de Grado. La angostura de un Nalón encajado entre laderas de intención vertical y el puente que permite el cambio de orilla formalizan una posición estratégica siempre influyente. Allí fue a emboscar el 18 de mayo de 1809, aunque al cabo sin éxito, el segundo batallón del Regimiento de Luarca, con la escueta ayuda de una pieza de artillería, a las tropas napoleónicas del general Ney que venían avanzando desde Lugo. ¿Cómo imaginar en el sosiego del Peñaflor de hoy a la columna francesa, de 5.000 infantes y 300 jinetes húsares y dragones, apoyados por ocho piezas de artillería, frente al voluntarismo de la milicia asturiana; los gritos, lamentos, disparos, toques de clarín, explosiones y relinchos; el colorido de los uniformes y los destellos de sables y bayonetas?

Nada tangible queda de todo aquello, pero es de esperar la sorpresa del viandante asturiano por París de toparse con la escultura monumental de Ney, mariscal de Francia, destacada en la ampulosidad de la avenida del Observatorio. En una de las inscripciones del pedestal se justifica el homenaje al militar, príncipe de Moscú y combatiente en todas las batallas imperiales, desde Holanda a Rusia y, finalmente, en la funesta de Waterloo, y también, con el mismo rango, protagonista en «el Paso del Narcea» y en «los combates de Peñaflor y Oviedo».

Ver qué quedaba en los alrededores de Peñaflor de las fortificaciones de la guerra civil era tarea para otra visita. La excursión nos llevaba hacia la villa moscona, entrando por el puente que, tendido sobre el río Cubia, había ejecutado Manuel Reguera en el último cuarto del XVIII. La obra de inge-

Ante la iglesia románica de San Vicente de Serrapio (Aller). Fotografía de María Álvarez Fernández, 2010.

niería viaria, magnífica, resulta ahora inadvertida por la banda ensanchada de la carretera que se beneficia de su permanente fortaleza. A aquella altura Nacho recordaba el privilegio fundacional del 3 de marzo de 1256 por el que Alfonso X decidía la creación de la villa de Grado, elegida una posición estratégica y de suelo feraz, como parte de su política de creación de nuevos asentamientos en la periferia norteña de su reino.

Quién mejor que él para explicar los orígenes de nuestro urbanismo cuando había publicado en 1981 su riguroso estudio *Las* polas *asturianas en la Edad Media*, modelo para análisis posteriores de fenómenos similares en todo el frente septentrional hispánico. Sin embargo, dejamos pronto atrás la villa cuyo crecimiento contemporáneo hizo tabla rasa de la fisonomía de la puebla original, derruida la muralla que la resguardaba, morfología del reciento urbano, recordada no hace mucho tras la exhumación arqueológica de algún lienzo oculto y superviviente de la cerca bajomedieval.

Ya faltaba poco para arribar al objetivo principal de la correría, la cercana localidad de La Mata, enclave histórico de especial interés y para Nacho, además, referente sentimental. De su estación ferroviaria había sido jefe su bisabuelo, Sandalio Martínez, más conocido como Sandalio de la Mata, padre de ocho hijas de belleza reconocida en toda la comarca, y de un hijo, Quilo, que optó por la experiencia ultramarina para convertirse en Cuba en piloto de coches de carreras, perdiendo la vida en una de ellas. Había de ser una de las hijas, Regina, la abuela de Nacho, y una de sus hermanas la madre de Emilín, el futbolista extraordinario, internacional y parte de un admirable dúo con Herrerita, pareja de jugadores en el recuerdo perenne de los aficionados. Pese a la relación familiar y el mucho afecto de Nacho al extremo izquierda de una legendaria «delantera eléctrica», el fútbol le resultaba indiferente. Su atracción deportiva era el ciclismo, un deporte tan físicamente esforzado como literario. ¡Cómo no entender en esos términos el relato, tantas veces hecho por Nacho, de un ciclista belga arrancando con los dientes el tubular pinchado y pegado a la llanta, entre un público expectante en el arranque de la cuesta de San Lázaro! Se disputaba aquel día de bruma y suelo resbaladizo una etapa de una Vuelta a Asturias de mediados de los cincuenta. En aquellos estallidos de adrenalina y coraje envueltos por el aroma poderoso y estimulante del linimento *Sloan*, con el que los corredores calentaban los músculos de sus piernas, fue cuajando una afición a la que sería fiel toda su vida.

Claro está que no habíamos llegado a La Mata siguiendo a un pelotón ciclista, sino para explorar el cementerio donde yacía parte de su ramaje genealógico. Poco después, en la iglesia inmediata tendríamos el buscado encuentro con una de las más raras manifestaciones del medioevo astur: el sepulcro de santo Dolfo, un ejemplo notable de veneración local y escasa difusión al no figurar en el catálogo de referencia, *El martirologio español*.

Sin embargo, esa carencia de reconocimiento canónico no neutraliza su dimensión histórico-legendaria y la veneración secular de un santo humilde. En efecto, Adaulfo, o después Dolfo, obispo de Iria, sería víctima de la pulsión tiránica de Vermudo II, rey de Asturias y León entre 892 y 999. Adaulfo se vio obligado a viajar a Oviedo (donde se encontraba el monarca cuyo estado de humor dependía frecuentemente de dolorosos ataques de gota) sometiendo al prelado a una ordalía: el enfrentamiento en las estrecheces de la plaza de la catedral a un furioso toro salvaje.

Como en una estampa de circo romano, al espectáculo que se esperaba cruento asistía una multitud finalmente frustrada cuando la bestia, iniciada ya la embestida con sus grandes cuernos se detiene bruscamente ante el obispo, agacha la cerviz y deja sus astas mortíferas en las manos del religioso. Se vuelve entonces el animal contra la gente aterrorizada, huyendo por último al monte. Adaulfo, indemne, deposita los cuernos como ofrenda y prueba de su inocencia en el altar catedralicio y, exonerado y sin prestar atención al rey ni a su séquito emprende el viaje de vuelta a su diócesis para morir de enfermedad súbita *in valle Pramarensi ad ecclesiam Sancte Eulalie*.

Es este el relato referido hacia 1130-1142 por el obispo ovetense Pelayo en el contexto genérico de las tensiones entre los poderes temporal y eclesiástico. En todo caso, la iglesia y valle aludidos corresponden sin la menor duda a Santa Olalla de La Mata y, fueran cuales fueren las razones de la santidad de Adaulfo, la iglesia de La Mata aparece ya aludida como de santo Dolfo en 1279, en un documento precisamente rescatado por Juan Ignacio para precisar el territorio de la Pola de Grado.

Fue un vecino solícito, explicada nuestra curiosidad, quien nos franqueó la entrada a la iglesia, guiándonos hasta la estancia donde permanece el sarcófago en el que fue, según la tradición, depositado el cuerpo del santo; un sepulcro de caja monolítica y lauda cobertera de más de dos metros de largo, cuya decoración se reduce a una moldura sogueada que recorre todo su perímetro; tumba pétrea que por sus rasgos formales bien pudiera ser del siglo XI, coherente entonces con el tiempo posterior a la muerte del discreto bienaventurado. Entre nosotros dos y el vecino desplazamos la tapa de lo que se dice tumba vacía, pero no; varios huesos menores yacían en el fondo, como residuos del esqueleto destruido por el tiempo o vestigios de los saqueos de reliquias cuya obtención, intercambio y comercio fueron tan frecuentes en los siglos medievales. Tal vez el estudio pertinente, especializado, de aquellos fragmentos esqueléticos aportara alguna sorpresa como la pertenencia a individuos diferentes, incluida la de la sustitución de huesos humanos por otros de animales, manipulaciones cometidas en más de una ocasión.

De aperturas de la tumba, reutilizaciones y probable obtención de reliquias en actos necrolátrico-terapéuticos es elocuente el caso de otro santo gallego, don Osorio Gutiérrez, el *Conde Santo*, primo de Ramiro II y tío

de Ordoño III, retirado tras su vida de aristócrata al monasterio que bajo la regla benedictina fundara él mismo en Villanueva de Lorenzana (Lugo) en el siglo X. La apertura en 1968 de su sarcófago permitió el estudio de los restos esqueléticos conservados junto con porciones de brocado de oro, tramas de lana bordada y un «cabujoncillo» de probable amatista. Lo llamativo del análisis antropológico es que se trataba del esqueleto casi completo de un hombre de edad avanzada (probablemente el conde); fragmentos craneales, una vértebra y algún hueso de pie y mano correspondientes a otro individuo, esta vez joven (acaso, su hijo Gutier), y un astrágalo como pieza única de un tercer esqueleto.[1]

En fin, visitado santo Dolfo la excursión había alcanzado sus objetivos permitiéndonos ya la entrega a un ejercicio que compartimos durante varios decenios: el vagar de un lugar a otro disfrutando de la exuberancia de la orografía y de la vegetación, descubriendo rincones para nosotros llenos de interés; el encanto de pequeños puentes rurales sobre regatos inesperados, molinos hidráulicos poblados de musgo y encajados en cualquier vallejo anónimo, los hórreos de maderas viejas colonizadas por los líquenes, capillas minúsculas destacadas en enclaves que delatan la intención de dominio espacial o, si se quiere, de una elección muy antigua determinada por intenciones y creencias probablemente muy anteriores al cristianismo.

En un recodo de la carretera estrecha y quebrada, en un chigre sobre la pendiente abrupta que limita el río, en una mesa soleada encontramos el lugar ideal para reparar fuerzas, con queso y chorizo anunciado como «de casa», desde luego sin precisar de cuál; también el rato para charlas con los paisanos y pedir algún dato de tal o cual sitio, y la ocasión de admirar el dominio ecuestre de un jinete que saliendo de un camino del monte conducía (con autoridad y un cierto aire, no inocente, de *cowboy* cinematográfico) a unas vacas necesitadas de nuevos pastos.

[1] Si bien la naturaleza de este texto no obliga a la introducción de aparato crítico, sí nos parece conveniente señalar, por la rareza temática, los estudios relativos a los dos santos locales aludidos: Isabel Ruiz de la Peña González y Miguel Calleja Puerta, «Una santificación popular en la Asturias medieval: Santo Dolfo de La Mata (Grado)», *Memoria Eccclesiae*, XX, Oviedo, 2001, págs. 605-639, y José Carro Otero y M.ª Luisa Varela Ogando, «Estudio anatomo-antropológico del esqueleto atribuido a D. Osorio Gutiérrez, el *Conde Santo* de Villanueva de Lorenzana (Lugo)», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, núm. 100, Santiago de Compostela, 1984-1985, págs. 80-114.

Juan Ignacio Ruiz de la Peña, en el Campus de El Milán (Universidad de Oviedo). Fotografía de M.ª Soledad Beltrán Suárez (2014).

El devaneo que siguió nos fue llevando valle del Cubia arriba hasta Santa María de Villandás y Restiello, entre otras visitas, por sendas de una anchura que apenas permitía el paso del coche, con la inquietud de cómo resolver, con *sebes* en ambos lados, el encuentro con otro automóvil. Hubo suerte al respecto, aunque también algún apuro. En una de las imprudentes incursiones nos encontramos en la corralada ya sin salida de una pequeña quintana remota, de suelo escalonado por dos niveles de hormigón y un hórreo que reducía el espacio útil para una maniobra muy apurada. La secuencia algo cómica de un chófer angustiado y sudoroso, repitiendo una y otra vez los mismos giros sin apenas, con una rueda en el aire, encontrar la forma de retorno al mundo transitable, y de un director de operaciones a pie firme, dando órdenes de urgencia, bien calada la boina y haciendo remolinos con el gran bastón caucásico, llenaba de estupor a un anciano silencioso, único testigo de una visita tan imprevista como de inexplicada fugacidad.

Por las cercanías de Vigaña, ya en tierras de Belmonte, por el milagro de la carretera trazada en la brutalidad de las laderas rocosas alcanzamos el curso del Pigüeña para, aguas abajo, ya pasado San Martin de Lodón, detenernos y observar la forma lejana de Aláva, de su pico dominante sobre las abiertas mestas del Pigüeña con el Narcea. En el espolón roqueño que desciende hasta su base se produjo la que quizá podamos señalar como mejor documentada ocultación prehistórica en Asturias de hachas de talón y anillas, piezas pesadas de un bronce con mucho plomo, acto misterioso que conocemos repetido de forma cuantiosa durante el Bronce Final de la Europa atlántica; un gesto tal vez multifacético y acaso debido a las gentes del castro instalado en el culmen topográfico.

De Aláva pude contarle a Nacho un hecho propio del abuso del progreso técnico y sus comodidades. Un camionero, quizá alemán, introdujo en el sistema referencial GPS las coordenadas de Álava, sin más detalles, echándose a rodar con el camión de cinco ejes por esas autopistas de Dios que, poco a poco, se mudaron en carreteras normales y, después, en algo más que una senda pendiente, angosta y, finalmente cerrada; sin embargo, un cartel rezaba con toda rotundidad el nombre del paraje: Aláva. También en el magma informático convendría considerar los acentos.

Con el caer de la tarde ascendíamos La Cabruñana de retorno a Oviedo, sin detenciones, rememorando en curvas bien conocidas las veces que, como cronistas bajo seudónimo, habíamos pasado por allí incrustados en el cortejo vertiginoso de la Vuelta Ciclista a Asturias. Acercándonos de nuevo a Grado, con la grieta de Peñaflor abierta en el telón de fondo del ancho valle, entonamos con una vacilante intención bifónica uno de nuestros temas preferidos en situaciones festivas: *Camino de Camagüey un chino va pregonando*… También este habría de quedar en nuestro registro como uno de los grandes días.

Este segundo número del
Anuario de la Sociedad Protectora de La Balesquida,
con el que solemniza los seculares festejos patronales y
el popular Martes de Campo en Oviedo
(primer martes después del domingo de Pentecostés),
se acabó de imprimir el viernes, 28 de abril.
oveto, a. d. mmxvii

Ut igitur et monere et moneri proprium est veræ amicitiæ
«Es propio de la verdadera amistad dar y recibir consejos»
(Cicerón, *De amicitia*, xxv, 91)